



LA TRIBU MALDITA DEL LAGO

Texto: **Xavier Aldekoa** | Fotografía: **Lorem Ipsum**

La historia de los buduma, dueños de las islas del lago Chad, ha cambiado para siempre con la llegada de Boko Haram. La banda yihadista nigeriana, que se oculta en el laberinto de canales e islotes del lago, ha llevado el terror a la región con una ola de atentados suicidas. El miedo ha cristalizado entre la población en un rumor mortal: todos los kamikazes son buduma. Ese odio amenaza una convivencia de siglos entre las tribus de la región y ahoga al pueblo buduma, víctima de los extremistas y del estigma. “Nos degüellan o nos odian”, dicen.



A esa hora en que los tranvías duermen en las cocheras y las persianas están bajadas, en la que los niños se despiertan inquietos y sus madres les mandan de vuelta a la cama; en ese momento, nocturno y temprano a la vez, en el que las putas sin suerte están cansadas y el maquillaje se ha echado a perder, a esa hora, la canoa avanzaba callada por el lago Chad con tres niñas que llevaban puestos cinturones bomba debajo de la ropa. Las tres se habrían volado por los aires al llegar a tierra firme si algo no hubiera salido mal.

Una de las chicas se resbaló y hubo una deflagración. No estalló todo el explosivo, pero sí el suficiente para provocarle una herida abierta en el muslo. La niña iba tan hasta arriba de tremol, un narcótico para sedar camellos, que siguió como si nada. Al pisar tierra firme, no llegó lejos. Cuando intentaba acceder al mercado de Ngouboua, en la orilla chadiana del lago, unos militares sospecharon al verla cojear y la detuvieron. Minutos después, mientras las otras dos chicas explotaban en mitad del pueblo, Mamadi Alifa, exgendarme chadiano, llevaba a aquella niña al hospital. “Incluso cuando la estaban operando, veías en sus ojos que tenía rabia y ganas de matar. El tremol las vuelve locas”, explica. Pero mientras habla, Alifa cuela cuatro palabras más que avisan de que la vida en el lago Chad ya no volverá a ser como antes: “También ella es buduma”.

Una ola de ataques suicidas ha roto los nervios del lago Chad. Ante la presión militar de Nigeria, Níger, Camerún y Chad, la milicia fundamentalista Boko Haram, uno de los grupos yihadistas más mortíferos del mundo en los últimos años y que en 2014 llegó a controlar en el norte nigeriano un territorio discontinuo del tamaño de Bélgica, buscó refugio en la reserva natural de Sambisa y en el laberinto de canales e islas del lago. Esta remota e impenetrable región ha sido durante siglos el hogar de los buduma, una etnia de raíces desconocidas que algunos antropólogos sitúan en el antiguo Egipto, y dedicada a la pesca y la ganadería. El lago es el escondite perfecto para el nuevo Boko Haram.

“Al principio, la banda organizaba atentados, atacaba casernas militares o asaltaba aldeas durante días para matar y robar. Ahora hace acciones de guerrilla y prefiere golpear con atentados suicidas. Preferentemente usa a mujeres y niñas”, advierte Mahamat Ahmat, responsable de seguridad del campamento de refugiados Dar es Salam, a las afueras de Baga Sola, un pueblo a las orillas del lago Chad.

Pero la llegada de los yihadistas a las islas no solo ha significado un cambio de táctica mortal, también ha inculcado un veneno que amenaza con romper el frágil equilibrio entre las decenas de tribus de la zona.



El estigma

Apoyado en un árbol en el campo de desplazados de Koysserie, a Ali Dikona no le importa verbalizar el odio porque ha perdido demasiadas cosas como para ocuparse de diplomacias. “¿Boko Haram? Son los buduma”, escupe. Dikona huyó de la isla de Samia cuando empezaron a aparecer cadáveres con las gargantas abiertas. “Todos corrimos por nuestras vidas menos ellos; los buduma se quedaron. Los asesinos son sus hermanos, tíos o padres y ahora nos mandan a sus mujeres o niños con bombas”. A Dikona no le importa que, entre los desplazados por la violencia de Boko Haram, haya gente de todas las etnias, incluidos los buduma. Su rencor es la mezcla fresca del miedo y el dolor. A escasos metros de allí, el ataque coordinado de cinco suicidas un mes atrás mató a 47 personas, el ataque más sangriento de la banda extremista en suelo chadiano. Aquel mismo día, un rumor voraz voló por lago Chad: todos los atacantes tenían en el rostro las cicatrices de los buduma, unas escarificaciones que sobre los seis años de edad se practica a los miembros de esta etnia. Apenas unas horas después, todos los desplazados buduma de Koysserie huyeron por temor a represalias.

Desde entonces, el odio se ha disparado. En noviembre, prohibieron el acceso al mercado de Baga Sola a decenas de mujeres buduma —además de las cicatrices en la cara, las chicas casadas son reconocibles porque llevan un aro en uno de los orificios de la nariz—, que debieron sentarse a ofrecer su mercancía a las afueras del pueblo. Nadie les compró: se había extendido el rumor de que las buduma habían puesto veneno en los peces y otros alimentos. En una región donde casi 90.000 personas han perdido sus casas y su supervivencia depende de esas pequeñas ventas, un rumor así es una condena.

Sentado al otro lado del escritorio de su despacho en Baga Sola, Dimouya Souapebe, subgo-



W Europa mira hacia otro lado puerta pese a que sus puerta

bernador de la región de Lago Chad, retuerce las palabras para maquillar su convicción. En la pared, hay una fotografía del presidente del país, Idriss Déby, un póster de militares chadianos disparando al cielo y un mapa del lago Chad. Aunque, dice, meterá en la cárcel a quien alimente los rumores contra los buduma, confirma el murmullo que todos repiten en las calles de arena de la ciudad: todos los atentados suicidas en la orilla chadiana del lago han sido realizados por kamikazes buduma. “No todos apoyan a Boko Haram, pero el 90% de la banda en suelo chadiano son buduma; eso es un hecho”, señala.

Junto a una choza de paja a orillas del lago, rodeado de vecinos refugiados y asustados, Mahamat Tchari Ali podría rebatir todos esos prejuicios con un solo papel. Lo lleva plega-

do en un bolsillo interior de su túnica verde y lo desdobra paciente con unos dedos largos y finos. Es un hombre alto, está delgado, y cuando rememora el pasado entrecierra los ojos, como si le doliera recordar. Cuatro meses atrás, Boko Haram entró a sangre en su aldea de la isla de Kane y miles de buduma huyeron a Koulikime. “Vi cómo mataban a tres familias enteras”, dice. La orilla del lago, un mar de arena fina, está ahora salpicada de iglús de paja y montones de personas sin comida y sin nada que hacer. Hombres, mujeres y niños —hay pocos ancianos— viven con tan poco, que solo les sobra el miedo. “¿Ves aquella isla del final? Allí está Boko Haram”, asegura Ali. Debe de haber unos tres kilómetros de distancia. Ali es el boulama o jefe de miles de buduma sin tierra y el portavoz de su angustia. Como los ataques, a menudo



nocturnos, son tan rápidos y brutales, con los yihadistas disparando sin parar, la gente huye en desbandada. Muchos no saben qué ha sido de amigos o familiares. Quizá huyeron en otra dirección, quizá están muertos o quizá han sido secuestrados. Puede que nunca lo sepan. La crisis por la violencia de Boko Haram no es solo un horror olvidado; también es una crisis de refugiados perdidos. Y esa tristeza empapa el lago Chad.

“Boko Haram nos degüella”

La hoja de libreta de Ali, que ha empezado a romperse por los bordes, es el espejo de otra característica del conflicto: el silencio y la impunidad. Para Ali ese papel es una última esperanza.

— Escribimos lo que nos robaron por si algún día alguien nos ayuda a recuperarlo —dice. Debajo de su nombre, ha escrito lo siguiente: 220 cabras. 4 vacas. 10 canoas.

— ¿Crees que un día lo recuperaréis? —pregunto.

— Solo lo sabe Alá —zanja.

Yo no insisto más.

Cuando le digo a Ali que en los últimos días decenas de personas me han jurado que los buduma y Boko Haram han pactado alianzas, me corta en seco. “Lo hemos perdido todo. Algunos buduma se han unido a ellos porque es una manera fácil de ganar dinero y poder comer; pero no somos todos. Boko Haram nos degüella y aquí no nos quieren; no tenemos dónde ir. Es como si nos mataran dos veces”.

Ali insiste en que debo diferenciar entre familias. Hace círculos en la arena y traza líneas para que entienda mejor. “Los buduma May Moura vienen de Nigeria, los buduma Madji Godyah de Chad, luego están los Buluwa de Níger, o los Gouria o los Dgila; pero son solo los buduma Kabougah quienes se han unido a Boko Haram”, asegura. “Son diferentes a nosotros, ellos llevan dos cicatrices a cada lado de los ojos, nosotros cinco en total”, subraya.

En la guerra del lago Chad, el número de cicatrices difumina la distancia entre los verdugos de sus víctimas. O sirve para desviar culpas. En realidad, ninguna tribu, etnia o familia se ha unido al completo a la banda yihadista. “Cuando la gente tiene miedo de ser acusada, echa la culpa a los demás —dice el subgobernador Souapebe—, pero no es una cuestión de tribus o familias; se trata de personas individuales infiltradas entre los demás. Por eso están por todas partes”.

Hassan Adam Tchari, de 19 años, se acerca para charlar. Se siente encerrado en Koulikime. Empezó a estudiar matemáticas en la ciudad de Bol, pero se acabó el dinero en su familia y hace unas semanas tuvo que regresar a la aldea. A él le gustaría ser piloto de helicóptero porque lo vio una vez en una película. En el móvil tiene fotografías de cabezas de suicidas —la explosión mutila el cuerpo del atacante, que queda despedazado, pero no desintegrado— y admite que las cicatrices de las caras son las de su etnia. “El problema es que muchos buduma son analfabetos y les engañan”, opina. Aislados en las islas del lago, poco amigos de relacionarse con otras tribus, los buduma históricamente no envían a sus niños a la escuela y prefieren que cuiden los rebaños. Boko Haram, cuyo nombre en lengua hausa se traduce como “la educación occidental no es pecado”, vio en ello una oportunidad. Los yihadistas también alentaron viejas rencillas. “Sé de casos —explica Hassan— en que buduma enrolados en Boko Haram han matado a un vecino kanembu porque hace años les robó una novia o simplemente era más rico y le envidiaban”.

Él también ha notado el estigma en sus propias carnes. Su casero de Bol no le dejaba que fueran familiares buduma a verle y ha sido testigo de registros militares a altas horas de la noche. “Ahora todos mis amigos tienen miedo de mí. Es como si fuéramos una etnia maldita”, dice Hassan.



W Europ Quidit volecae laut labores ideliti at. Moluptat id qui dolum num quunt facilibus atem laccat in facilibus ctationet.

Días después, un profesor en la aldea de Tagal me admite que no quiere a alumnos buduma en su escuela por miedo a que lleven bombas bajo sus túnicas.

Para el analista nigeriano Fulan Nasrullah, la semilla del odio plantada hoy por Boko Haram traerá nubarrones. Especialista en la evolución de la banda desde sus inicios en 2002, cuando se originó en la ciudad de Maiduguri como un movimiento juvenil violento contra la corrupción y abusos del gobierno de Nigeria, Nasrullah no cree que la tribu o la etnicidad sean importantes para el reclutamiento. Incluso subraya que muchos buduma han sufrido enormemente en manos de la banda o las fuerzas gubernamentales. Pero la estigmatización sí es real. “Cuando Boko Haram desaparezca, hay un 99% de posibilidades de que conflictos étnicos o entre comunidades estallen a lo largo de la región debido a los abusos ocurridos”.

El auge de Boko Haram

Ni siquiera es una cuestión de religión. Aunque la banda quiere implantar una versión radical de la sharia y juró fidelidad a Estado Islámico en marzo de 2015, utiliza el olvido de esas regiones remotas alrededor del lago Chad para ganar adeptos a su causa. A veces, la diferencia es obscura. En el estado nigeriano de Borno, en el centro de la insurgencia, la UNESCO estimó que el ratio de alfabetización era del 14,5%. En Lagos, en el sur de Nigeria, es del 92%. Desde el principio, la aparición y crecimiento de Boko Haram ha ido de la mano de la pobreza y la falta de educación. En 2014,

la banda radical logró más alistamientos que nunca cuando ofreció esposas a quien luchara con ellos. En una zona pobre, con tasas de desempleo de hasta el 80% y donde la dote es obligatoria para casarse (una suma de dinero y vacas que se paga a la familia de la chica), la opción de tener acceso a una esposa atrajo a cientos de jóvenes. Para muchos era la única posibilidad de tener mujer e hijos. Las célebres 219 alumnas secuestradas en Chibok, que siguen retenidas pese a las campañas internacionales por su liberación, eran una pieza más de esa táctica de alistamiento.

Los abusos de las autoridades, responsables de asesinatos sumarios y detenciones arbitrarias con la excusa de la lucha antiterrorista, también han aumentado las simpatías hacia Boko Haram. Ahmed Digo (su nombre es ficticio), excontable y ahora refugiado nigeriano en Chad, sufrió en su piel la lotería mortal de toparse con el ejército de su país. “Te quitaban la camiseta, si veían una marca de una cinta en el hombro, asumían que habías estado cargando un fusil y te disparaban un tiro en la nuca”, dice. A él le dejaron ir, pero le robaron todo su dinero. “Los militares están mal equipados, no tienen disciplina y tienen miedo, son peligrosos”. En 2009, el asesinato mientras estaba detenido del fundador de Boko Haram, Mohamed Yusuf, situó al frente de la banda a Abubakar Shekau. El grupo, lleno de rabia por la muerte de su primer líder, multiplicó su deriva asesina: desde entonces 25.000 personas han sido asesinadas y 2,5 millones han perdido sus casas.





El peor éxodo en siglos del pueblo buduma de Lelewa es hijo de esos abusos cruzados. También del estigma que pudre el futuro del lago.

Kulmo Alirom, una mujer menuda y madre de tres hijos, fue la primera en decir una frase que luego escucharía decenas de veces: “Pensé que íbamos a morir todos”. Kulmo, de unos sesenta años, estaba sentada junto a las demás mujeres y niñas en la sección 13 del campo de refugiados de Dar es Salaam, la parte reservada para los buduma. Llevaba un pañuelo negro sobre la cabeza, tenía dos anchas cicatrices en cada pómulos y una más larga que le bajaba desde el entrecejo a la punta de la nariz. Kulmo tenía marcado a fuego en la memoria el primer viernes del mes de mayo de 2015. Días antes, Boko Haram había atacado la aldea de Karamga, en la frontera de Níger con Nigeria, y había matado a decenas de militares y civiles. Aquella mañana de viernes, llegaron a Lelewa varios soldados sedientos de venganza. Dictaron sentencia: todos los buduma habían ayudado a esconderse a Boko Haram para que realizara aquel ataque. “Dijeron que debíamos marcharnos todos porque iban a bombardear el pueblo —explica Kulmo—; no nos dejaron recoger nada”. Kulmo se estremece al narrar cómo al miedo por los ataques de los yihadistas se sumó el odio pegajoso de los militares. Solo dice una cifra más antes de ponerse a llorar con lágrimas secas: 337.

Durante 27 días, cientos de buduma de Lelewa iniciaron una huida por el desierto hacia Chad. Hombres, mujeres, ancianos y niños buduma atravesaron a pie, sin apenas agua ni alimentos, una de las zonas más áridas del planeta. Alhadj Nangaman, bulama o jefe de los buduma del campamento, perdió siete nietos y tres hijas en la ruta. Se queda un rato con la mirada fija en el suelo cuando le pido recordar. “Hacía mucho calor, hacía mucho calor —repite—, cuando alguien moría no teníamos fuerzas para enterrarlo, simplemente seguíamos caminando”. Y de nuevo, lo dice él también: “Pensé que íbamos a morir todos”.

Cuando llegaron a Karam, la primera ciudad en la frontera de Chad, eran casi la mitad. “En total, 337 de los nuestros se quedaron en el camino”, dice. A su alrededor, sentados en esterillas, hay decenas de hombres de rostros cansados. Alhadk también lo está.

— ¿Qué es para ti Boko Haram? —pregunto.

— Para mí no son humanos. Para mi pueblo, su llegada ha sido una maldición. Ahora las otras etnias nos ven como enemigos. Estamos malditos.

